

# Aniversario

## I

La poesía de César Vallejo parte siempre de algo físico —lugares y tiempos concretos; a menudo, de circunstancias corpóreas, casi intestinales. Desde allí arranca, con su complejidad psicológica, emocional e intelectual y con sus poderes imaginativos y expresivos, hasta alcanzar visiones especulativas y trascendentes.

Desde los comienzos, su percepción de la pobreza ambiente y de la miseria espiritual le hicieron un poeta agónico. En sus versos más tempranos la vida era para él un viaje que desde el no-ser en el limbo del Espíritu, y a través de un desierto de inmerecidos sufrimientos y un sentimiento de culpa por crímenes desconocidos, va hacia el misterioso, silencioso, oscuro «más lejos de lo lejos» de la tumba,<sup>1</sup> hacia ese gran Cero del último receptáculo de nuestra mortalidad (64). Así, el hombre cae desde el no-ser a este mundo absurdo e imposible, a esta vida que es una «vasta orquesta de Esfinges / que arrojan al Vacío su marcha funeral,» (107), y nuestra última realidad es un misterio. Todo ello decretado para nosotros por un Dios que ha abandonado a su creación, que parece tanto un *deus otiosus* como un *deus absconditus* a quien, a su vez, la razón humana ha asesinado: «El Pensamiento, el gran General [en contradistinción del alma, que aspira a lo divino] se ciñó / de una lanza deicida» (105). Como en Nietzsche, pues, Dios ha muerto; pero en Vallejo, paradójicamente, no ha muerto del todo porque, a veces:

Esperanza plañe entre algodones  
Cristiano espero...  
Y Dios sobresaltado nos oprime  
el pulso, grave, mudo,  
y como padre a su pequeña,  
apenas,  
pero apenas, entreabre los sangrientos algodones  
y entre sus dedos toma a la esperanza. (173)

Ontológicamente, pues, Vallejo fluctuaba entre un sí y un no, entre el no-ser y la vida, entre la eternidad y el gran Cero; pero no sin registrar un quizás, un destello de esperanza de poder trascender su propio yo sufriente.

A tal posición debió llevarle un íntimo, instintivo sentimiento de compasión, de caridad, raíz de su manera de ser y de sentir. Hasta en los momentos más duros de pobreza, de dolor, de personal angustia Vallejo extendió su compasión a sus hermanos en sufrimiento: «Se quisiera... / dar pedacitos de pan fresco a todos / ... / y pienso que, si no hubiera nacido / otro pobre tomara este café!» (110).

En sus libros tempranos, *Los Heraldos Negros* (1918) y *Trilce* (1922), el sentimiento

<sup>1</sup> César Vallejo, *Obra poética completa, edición con facsímiles* (Lima: Francisco Moncloa Editores, 1968), p. 63. En lo sucesivo cito los versos de Vallejo por esta edición. La referencia de página va al final de la cita, entre paréntesis, en el texto. Si procede de facsímil tanto como de impreso indico las dos páginas de su origen.

de orfandad, de desolación —si bien atemperado por su caridad, su amor por los otros— es con todo muy personal, una frustración individual. Después, durante varios años en que apenas si publicó poesía, Vallejo buscó por otros caminos una resolución al dolor de vivir, un sentido a la vida; busca que le llevó a adherirse a doctrinas que le ofrecían la esperanza de poseer una solución para las causas del común sufrir en esta tierra. En su obra en prosa y en su conmovedor epistolario pueden trazarse las vías por las que Vallejo alcanzó su nueva visión de la sociedad, del hombre y de su último destino. «El pesimismo y la desesperación —escribió en 1930— deben ser siempre etapas y no metas. Para que ellas agiten y fecunden el espíritu deben desenvolverse en afirmaciones constructivas. De otra manera no pasan de ser gérmenes patológicos condenados a devorarse a sí mismos.»<sup>2</sup> Y así es como al estallar la guerra en España en mil novecientos treinta y seis pudo ver en ella el dolor y la muerte sí, pero ahora como semillas de una nueva esperanza:

¿Batallas? ¡No! ¡Pasiones! Y pasiones precedidas  
de dolores con rejas de esperanzas,  
de dolores de pueblos con esperanzas de hombres! (438/39).

## II

...hendida estaba España ... expuesta a la rapiña y a pérfidos asaltos, destinada a sufrir por largo tiempo indecible angustia, como cordero acorralado por los lobos que corre acá y allá, tratando de esquivar sus lacerantes colmillos, hasta que es despedazado y sucumbe...

Qué exacta, pensaría uno, esta descripción de la España de la guerra del treinta y seis, civil e internacional a la vez; pero esas líneas no proceden de la pluma de un escritor contemporáneo. Escritas seiscientos años ha por Francisco Petrarca en su poema épico latino *Africa* (I, vv. 96-102), se refieren a la suerte de la Península durante la segunda guerra púnica, de fines del siglo III antes de Cristo. Triste destino el de un país que desde la *Geografía* de Estrabón hasta los relatos «españoles» de Hemingway puede ser tipificado en la literatura universal por la sangrienta inmolación de sus hijos, por el sacrificio de su muerte, esa «muerte española, más ácida y aguda que otras muertes.»<sup>3</sup> Pobre país desgarrado desde las guerras sertorianas, con demasiados Villalares y Villaviciosas y Luchanas.

El año treinta y seis, de esos «dolores de pueblos con esperanzas de hombres,» que sentía Vallejo, participaron tanto escritores de todos los ámbitos de lengua española, como los de otras tradiciones, porque todos percibieron que en España se jugaba —como poco más tarde en campos extranjeros— el destino del hombre. No temieron que sus convicciones fueran una embaucadora ilusión y, como los viejos campeones, pusieron la vida por su ley al tablero.<sup>4</sup> No hubo de asombrar que los poetas de His-

<sup>2</sup> César Vallejo, «Autopsia del superrealismo», Variedades, Lima, 26 marzo 1930. Artículo aparecido también en *Nosotros*, Buenos Aires, marzo 1930 y *Amauta*, Lima, abril-mayo 1930.

<sup>3</sup> Pablo Neruda, *Obras completas*, 3ª ed. (Buenos Aires: Losada, 1967), I, p. 281.

<sup>4</sup> Recordemos a Fox, Caudwell o Cornford, entre otros, caídos en campos españoles.

panoamérica, cercanos a España por lengua y por cultura, se sintieran comprometidos en las luchas del pueblo español. Muy joven entonces, Octavio Paz dijo en México y 1938, al referirse a la poesía de la guerra española: «Ninguna voz más fiel, honda y alta, para un pueblo, que la de sus poetas. Los pueblos sordos a la poesía (o, lo que es lo mismo, los hombres sordos a su pueblo, a la vida) están destinados a la miseria, a la ceguera: a la ceguera del espíritu, que es siempre ceguera de la injusticia».<sup>5</sup> Ni sordo, ni ciego, ni mudo fue el peruano César Vallejo en los años de la guerra. Su voz se levantó por los sufrimientos, las muertes y las esperanzas de España, que fueron también las suyas.

La esperanza, sobre todo; la esperanza de llegar a ver un tiempo en que todos los hombres pudieran amarse los unos a los otros, cuando todos pudieran saciar su hambre y su sed. Para este fin era la lucha:

pelear por todos y pelear  
para que el individuo sea un hombre,  
para que los señores sean hombres,  
para que todo el mundo sea un hombre... (447/48)

Para ello valía la pena jugar la vida porque en esa muerte ya Vallejo no encontraba el gran cero sino, al contrario, la inmortalidad. A los que cayeran en la causa de la esperanza el poeta podía augurarles:

¡Se amarán todos los hombres  
y comerán tomados de las puntas de vuestros pañuelos tristes  
y beberán en nombre  
de vuestras gargantas infaustas!  
¡Serán dados los besos que no pudisteis dar!  
¡Sólo la muerte morirá! (442/43)

Estos muertos no estarán completamente muertos, serán «los muertos inmortales», los que «acabaron, en fin, de ser mortales» (451). La imagen de estos muertos como semilla de vida, como supervivientes en la vida de sus compañeros y de su causa, es obsesiva en los poetas de la guerra del treinta y seis. Como en Vallejo la encontramos en Neruda, por ejemplo, «de tantos cuerpos una vida invisible / se levanta»,<sup>6</sup> o en Alberti, «Siembra de cuerpos jóvenes... / ... / semilla de los surcos que la tierra os abriera».<sup>7</sup> Vallejo, como ellos, creía que de todas estas semillas una nueva vida surgiría, una vida nueva y mejor. Todos eran poetas de una nueva, germinante España: «¡Que nada vale tanto / como una gran raíz en trance de otra» (446/47).

Vallejo había resuelto así, en términos nuevos en su poesía, la ecuación metafísica del destino del hombre. En su obra de esos años, publicada póstumamente en *Poemas humanos* y *España, aparta de mí este cáliz* (1939), el sufrimiento y la muerte son aceptados porque en ellos ya no percibe un mero camino a la nada, al Cero, sino un devenir. Para alcanzar la humanización del individuo, humanización que para Vallejo implicaba hermandad, puro amor, valía la pena hacer el sacrificio de la vida propia, ofrecerse a la muerte física individual porque al morir así uno no moría, la vida de uno era transmitida a los que quedaban:

<sup>5</sup> Octavio Paz, *Voces de España* (México, 1938), p. 9.

<sup>6</sup> Neruda, *Obras completas*, cit., I, p. 277.

<sup>7</sup> Rafael Alberti, *Poesía* (Buenos Aires: Losada, 1940), p. 291.

Se llevaron al héroe,  
y corpórea y aciaga entró su boca en nuestro aliento. (266/67)

Nótese que no es el aliento del muriente que entra en la boca de los vivos, como hubiera requerido la tradición clásica en la que hijos y descendientes recogen la exhalación del espíritu del difunto. Aquí, al contrario, es la boca —el cuerpo— del muerto lo que, en una especie de Eucaristía, entra en nuestro aliento, es decir, en nuestra vida, en nuestra *Psyché*, en nuestra alma. Muerto y vivos se hacen uno, en esa absoluta unidad, «en la doncella plenitud del 1» (111), que anteriormente le había parecido a Vallejo una mera sombra, una ficción. Ahora, la múltiple unidad (si tal antinomia es permisible) se incorpora, se hace cuerpo, existe no en un paraíso perdido o futuro sino en un paraíso hecho posible en esta tierra si la causa popular vence, un reino no de los cielos sino de este mundo. En tal muerte, los muertos sobreviven, inmortales, no con la inmortalidad clásica (en el recuerdo de una muerte serena y ejemplar), no con la inmortalidad feudal (el recuerdo del nombre, la fama y los hechos del héroe), no con la inmortalidad cristiana (inmortalidad del alma individual, con su eterno premio o castigo en el cielo o el infierno). La inmortalidad ahora percibida por Vallejo reside en la supervivencia de nuestro verdadero ser, en la supervivencia de nuestra causa, de nuestro ideal, en la vida real, en los otros seres vivientes que participan en la causa común o que heredarán sus frutos. Vale esto decir que Vallejo justifica finalmente la vida y la muerte no en una negación sino en una afirmación de un algo que sobrevive fuera de cada hombre individual que lo hubiera internalizado, un algo que trasciende su identidad personal, su propia individualidad.

Esta inmortalidad va involucrada no en el individuo sino en la perpetua, inextinguible corriente de la vida humana. Es un concepto dinámico de la inmortalidad y un justiprecio optimista de la vida, que ya no es para Vallejo un valle de lágrimas sino el escenario de esfuerzos positivos e históricos. Tal como lo había descubierto por mil novecientos treinta, ni pesimismo ni desesperación sino afirmaciones que agitan y fecundan el espíritu. Su novedad respecto al supuesto usual feroz individualismo hispánico reside en el altruismo de que está imbuida esta idea. Y, cosa rara, tal concepto tan ligado al bien de la especie y al reino de este mundo hizo que, en su mismo trascender el yo, reconciliara a Vallejo con Dios. Si cada hombre funciona como un Cristo, como un Redentor, Vallejo podía repetir, ahora sin blasfemia, lo que en sus primeros días había escrito blasfemando cuando afirmaba del hombre, «el Dios es él!» (122). El hombre ahora es el Dios humanado.

### III

Tengo para mí que en la base de cada una de las jornadas de la poesía metafísica de Vallejo se encuentra el simple hecho de que era un hombre bueno. Su bondad y su compasión le hicieron primero rebelarse contra la inútil crueldad de los inmerecidos sufrimientos del hombre. Su bondad y su compasión le hicieron luego adherirse a doctrinas en las que pensó encontrar la esperanza de una vida justa y feliz aquí en la tierra, para él y para todos los hombres. Su bondad y su compasión le hicieron al cabo ofrecerse en sus últimos poemas, altruística, cristológicamente, como un sacrificio por amor

del hombre. Había para entonces superado las limitaciones de su identidad personal en aras del puro amor que había deseado toda su vida, en una unidad con el Espíritu, el Principio, Brahma, Dios, la última realidad, con la finalidad trascendente trascendida.

César Vallejo murió en París el Viernes Santo, 15 de abril de 1938, hace ahora cincuenta años. Sus últimas palabras fueron: «Me voy a España». <sup>8</sup> No fue así muy distinto del muerto de su poema que, rodeado e implorado por todos los vivos, emocionado, «incorporóse lentamente, / abrazó al primer hombre; echóse a andar...» (472/73). Así también, César Vallejo está en nosotros, en su poesía, ahora y mañana, en su por fin posible inmortalidad.

**Luis Monguió**



Alfonso de Silva y su esposa, con César Vallejo

<sup>8</sup> Juan Larrea, «15 de abril. Memoria de César Vallejo», *España peregrina, México*, I, 3 (1940), p. 121.